



Elisa Mújica: verdadera vocación por la escritura

NELLY ROCÍO AMAYA MÉNDEZ

Trabajo fotográfico: Rafael Baena

SON excepcionales las escritoras colombianas de las que puede decirse que con su obra han conquistado las más altas cimas del valor literario en géneros como la novela, el cuento y el ensayo, y obtenido al mismo tiempo su consagración dentro del ámbito de las letras hispanoamericanas. Es el caso de doña Elisa Mújica, considerada modelo en el arte de escribir en Colombia gracias a su dedicación y disciplina durante decenios de continuo quehacer literario, siendo la primera mujer en ser admitida en la Academia Colombiana de la Lengua y como miembro correspondiente de la Real Academia Española¹.

Aunque no hay duda de que la literatura femenina se ha ido consolidando de manera prolífica durante el siglo XX, cuando las mujeres, en plena afirmación de su identidad creadora, han sabido destacarse en los diferentes géneros literarios, vale la pena decir que el proceso de reconocimiento de la mujer escritora latinoamericana ha sido lento y desigual, sometido a factores que tienen que ver menos con la calidad y real presencia de la mujer en las letras. Recordemos que después de ser precaria esta presencia durante los primeros siglos de la dominación española (XVI-XVII), la mujer fue irrumpiendo paulatinamente como autora y musa en el siglo XVIII (principalmente en salones donde se realizaban certámenes poéticos), hasta aparecer con fuerza en el siglo XIX, con diferentes matices temáticos que incluyeron las crónicas criollistas, indigenistas y de reivindicación social, y a principios del XX, con temas referidos a su situación social e histórica específica.

Por lo anterior, el caso de Elisa Mújica es particularmente representativo de esta evolución, con una temática que sobrepasa la limitada esfera de la subjetividad femenina para incursionar en otros campos del conocimiento. Pues, aunque en su obra puede leerse toda la iconografía que ha sido propia de la literatura femenina en los últimos tiempos, lo más importante es el haberle dado un tratamiento diferente respaldado por una formación intelectual sólida y un conocimiento cabal de la literatura y su tradición, además del momento histórico que le tocó vivir, siendo además un monumento de perfección estilística y formal que constituye un verdadero aporte para nuestra narrativa.

Como ella lo ha dicho, se considera ante todo una escritora colombiana, aunque la personalidad se vierta sobre lo que se hace, incluyendo el sexo, la nacionalidad y la época en la que se escribe. Una escritora además, habitante de estos países subdesarrollados, que ha tratado de adquirir una nueva dimensión de las cosas:

Página anterior:

Elisa Mújica retratada cuando era niña en su ciudad natal (Bucaramanga).

1. En 1982 fue elegida miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. El 19 de noviembre de 1984 tomó posesión como miembro de número de la Academia, y el 30 de noviembre del mismo año fue escogida en votación secreta y unánime como miembro correspondiente hispanoamericano de la Real Academia Española. Desde entonces, ha recibido numerosos premios y homenajes.

En nuestro medio es más difícil que en un medio como el europeo, en donde la cultura se bebe desde que uno nace como una cosa natural. Aquí no es natural, es una cosa obtenida con esfuerzo, con muchísimo más trabajo de lo que fue, por ejemplo, para una persona como Margarita Yourcenar, que traducía los poetas griegos desde los nueve años. Eso aquí sería una cosa demasiado excepcional².

Por lo tanto, su vida se orientó desde el comienzo a superar las limitaciones que puede imponer un medio como el nuestro, dando muestras de verdadero valor, disciplina y vocación por la escritura.

De ella, sabemos que desde los cuatro años de edad aprendió a leer, convirtiéndose en una devoradora insaciable de todos los libros que encontró en la biblioteca de su padre. Dentro del ambiente familiar, recibiría aquellos estímulos que marcaron para siempre su sensibilidad de escritora: siendo la menor de tres hermanas, se sintió un poco sola, lo que la haría refugiarse en los libros, que le parecían el más bello de los mundos. Allí encontraría aquellas historias que le permitirían asomarse tempranamente al mundo de los adultos, y que al contarlas a su manera, despertaron el aplauso y la aprobación de los mayores. De aquellas primeras lecturas recordará con especial afecto los cuentos infantiles que empezó a coleccionar siendo muy niña, y que como lo demuestra esta dedicatoria de un volumen de los Cuentos Mágicos de la Editorial Callejas, obsequio del escritor santandereano Blas Hernández al cumplir la niña los seis años, hicieron de ella una lectora insaciable:

Todas mis pequeñas amiguitas, al llegar conmigo al dulce terreno de las confidencias, me han enseñado con graciosos mohínes de inconsciencia, su casita de muñecas, donde los bebes rubios y las damiselas morenas, sonreían con sus labios retintos de rojo y miraban orgullosos, con sus ojos negros azules, como sabedores de la adoración fetichista de sus dueñas. Usted, mi buena amiguita, me ha enseñado en vez de aquel tesoro, uno de verdadero valor, de más divina belleza que me reveló su clara inteligencia y la recóndita razón de esa perenne y húmeda tristeza que alumbra sus pupilas: una cajita repleta de cuentos [...] Yo quiero que éstos que van a formar uno más en su colección, hagan siquiera por un rato sus delicias y que como azules y mágicos que son, siembren para siempre en su alma, la semilla del ensueño que haciéndola ver en todo, la mano protectora de los genios, llenen su camino de preciosas quimeras, que si no maten, a lo menos sí suavicen la aspereza y las amarguras de la vida...

Nacida en Bucaramanga el 21 de enero de 1918, en su ciudad natal conocería a algunos escritores que verían en ella sus tempranas dotes literarias. Pero pronto tendría que trasladarse con su familia a la capital, cuando contaba ocho años de edad, en momentos en que se vivía en el país una verdadera ola de inmigrantes en busca de mejores oportunidades, lo cual significaría para ella cambios radicales en su formación.

En aquella década de los veinte, la ciudad de Bogotá le ofrecía nuevos horizontes culturales que podría apreciar al lado de su padre, como las funciones del Teatro Colón (allí vería las mejores compañías españolas de la época, con obras como *Los andrajos de púrpura* de Jacinto Benavente, que, según recuerda, eran atrevidas para su edad) o el cine, después de escuchar la retreta y montar en el carrusel del parque de la Independencia. Pero también estaban las librerías, especial-

2. Entrevista con Elisa Mújica por Aída Calero de Konietzko.



En un parque de Quito, el primer día de su llegada al Ecuador.

mente la de don Jorge Roa y Camacho Roldán de la calle doce, en donde recuerda haber comprado por cinco pesos los cuentos de los hermanos Grimm o de Andersen, o la librería Cosmos, unas calles más abajo (calle 14 entre carreras 7.^a y 8.^a), en donde leía cada semana la revista Blanco y Negro con su suplemento infantil de aventuras de Celia, por Helena Fortún.

Pues en aquella época el ambiente cultural ecléctico que se respiraba en Bogotá hacía posible estar al tanto de las últimas novedades, lo que envidiaría cualquier metrópoli europea; por ejemplo, en los escaparates de la librería de don Jorge

Roa, era posible encontrar las últimas novedades de Oscar Wilde, Flaubert, Maupassant, Turguénev, Zola, Daudet, Bourget, Loti, Amiel, Verlaine, D'Annunzio y —por fin una mujer— María Bashkirtsev, muy admirada, entre otros, por José Asunción Silva. Muchos títulos de ellos acababan de encenderse en París, siendo vendidos primero con gran éxito en Bogotá, lo cual hablaba claramente de los gustos de la época.

Eran buenos tiempos para la calle doce. Desde la Colonia había adquirido una atmósfera de refinamiento gracias a las platerías que funcionaban allí, por lo cual se la denominó calle de los plateros. Situada más al oriente, vivieron las familias principales como las Baraya, Ricaurte, Zea y Trujillo. Los Liévanos habitaron una casa de dos pisos en la esquina de la calle 12 con la carrera 7.^a, frente a la peluquería de Víctor Huard, que inauguró el primer salón para señoras que iban a cortarse el pelo "a la garçon". Desgraciadamente, con el correr de los años la 12 perdió su antigua alcurnia. Vendedores ambulantes, cafeterías populares, fritangas y, precisamente al lado de éstas, un escusado público, reemplazan los sitios amables de antaño³.

Pero además era una ciudad que comenzaba a despertar de su sueño colonial para iniciar su metamorfosis y convertirse en lo que es hoy, y que ella guarda intacta en su memoria. Así conocería el primer rascacielos, que fue el edificio Cubillos —hoy Andes— construido con ocho pisos, en la esquina de la carrera 8.^a con avenida Jiménez de Quesada, además de recordar los arcos de pinos recortados, los surcos de flores de la plaza de Bolívar, la ermita de las Nieves, el convento del Carmen y las iglesias de la Enseñanza, Santo Domingo y Santa Inés.

Al morir su padre, cuando Elisa tenía quince años de edad, tuvo que trabajar para atender las necesidades económicas de su madre, aplazando la producción de su obra para más adelante, ya que el tiempo de lectura y escritura se hacía cada vez más difícil con un trabajo de oficina intenso y agotador. Así fue de las primeras mujeres que se impusieron el reto de trabajar en cargos públicos en el país, primero como secretaria en el Ministerio de Comunicaciones, luego como secretaria privada del doctor Carlos Lleras Restrepo (1936-1943), y más tarde como funcionaria de la embajada de Colombia en Quito (1943-1945), lo cual la harían testigo privilegiado de los acontecimientos de su época⁴. Esto no significó para ella dejar de lado la lectura y mucho menos la escritura, que esperaría el momento propicio para su publicación.

Así su primer viaje al Ecuador representó la oportunidad de escribir su primera novela, impulsada por un ambiente beligerante y fértil. Allí conocería a intelectuales y escritores de izquierda que influirían en su formación ideológica, como el llamado Grupo de Guayaquil (José Cuadra, Enrique Gil Gilbert, Joaquín Gallegos Lara, Demetrio Aguilera Malta y Alfredo Pareja Diezcanseco), que abrieron el terreno hacia una literatura de denuncia, con una temática social que descubría todos los horrores que a nombre de la civilización se le impusieron al campesino indígena. Así, después de una prolongada estadía en el vecino país, aparecería en Colombia *Los dos tiempos* (Bogotá, Editorial Iqueima, 1949), cuando la autora cumplía treinta y tres años. Con esta novela, Elisa Mújica incursiona en una temática político-social inédita dentro de la literatura femenina colombiana, en momentos en que la literatura no había salido aún de un costumbrismo que confundía el nacionalismo con el colorido local.

3. Elisa Mújica, "Las viejas librerías bogotanas", en revista Lámpara, núm. 107, vol. XXVI.

4. Más tarde, a su regreso al país, desempeñaría otros cargos públicos importantes. De 1959 a 1962, estuvo a cargo de la dirección de la agencia de la Caja Agraria en Sopó (Cundinamarca), y de 1962 a 1967 fue directora de la Caja Agraria. Actualmente se desempeña como bibliotecaria de la Academia Colombiana de la Lengua.



En la Embajada de Colombia en Quito con una delegación de periodistas colombianos reciben las llaves de la ciudad.



Con una comitiva de la Embajada de Colombia en Quito, en compañía del embajador, 1949.

La novela es bien recibida por la crítica colombiana (no obstante vivirse una época de especial intolerancia política en el país), señalando algunas fallas en su estructura un tanto experimental, que, según la misma autora, obedeció a sus propias convicciones políticas, pero dejando claro sus cualidades estilísticas y sus dotes literarias.

En la novela, Celina Ríos, una muchacha de provincia, sirve de hilo conductor a la narración de situaciones sin trascendencia aparente, pero que determinan en sus actores una posición ante la vida. La protagonista va creciendo en conciencia social, a medida que sale adelante por sí misma, hasta llegar a trabajar en una com-



En compañía del famoso escritor y crítico Dámaso Alonso, Madrid (España), durante su estadía en ese país.



Con Óscar Echeverri Mejía en casa de Vicente Aleixandre, premio Nobel de literatura 1977 y una de las máximas figuras de la poesía española contemporánea.

pañía colombo-ecuatoriana en Quito, haciéndose criptocomunista y realizando actividades proselitistas, hasta su regreso a su patria, acusada de conspiración. Por todo esto, la novela es considerada un interesante estudio de los problemas sociales que involucran especialmente a la mujer.

Posteriormente, su primer viaje a España (como corresponsal de *El Tiempo*), durante la época del dictador Franco (1952 a 1959), le significó la posibilidad de



En Madrid con el escritor español Camilo José Cela, premio Nobel de literatura 1989, en casa del poeta Eduardo Carranza.



Con el doctor Carlos Lleras Restrepo, de quien fue su secretaria privada entre 1936 y 1943, en la Dirección Nacional Liberal.

incursionar en nuevos géneros. Allí se encontró con los antecedentes vascos de su apellido, que la inducirían a cambiar el acento grave de su apellido para adoptar el más sugestivo de Mújica, pero además emprendería una aventura interior que la llevaría a cuestionarse su simpatía con las tesis marxistas, en momentos en que los hechos políticos del momento (como la invasión a Hungría en 1957), la hacían dudar de que el comunismo fuera la solución a los problemas del hombre.

En un ambiente en el que Madrid era el centro cultural de España y que, según la designación del maestro Azorín, acababa de pasar por el segundo Siglo de Oro español, tendría la oportunidad de conversar y alternar con varios escritores im-

portantes, tanto de la generación del 27 (de la talla de Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Camilo José Cela y Pedro Lain Entralgo), como de la generación del 98 (Pío Baroja, o el mismo Azorín), con quienes comparte muchas de sus experiencias, bebiendo al mismo tiempo de las fuentes mismas de la literatura española.

En alguna de esas incursiones literarias, se encontró con los místicos y, de modo obvio, con santa Teresa de Ávila, autora que significó para ella una revelación y que, como bien lo dijo alguien, leyó con devoción honda, justipreció —de mujer a mujer— y más aún, en función de los biógrafos y críticos más perspicaces, para concluir que todos, más o menos, andamos en mora de la aventura que nos reconcilie con ciertos ocasionales, inefables anhelos superiores.

Tal era el caso de la Gran Reformadora, según lo presentó su nueva, sorprendente exegeta. En efecto, la Santa Doctora significó para ella el comienzo de un proceso de conversión a la fe católica que no ha abandonado desde entonces. Así se dedicó al ahondamiento espiritual de su obra, que ha quedado consignado en numerosos escritos, pero principalmente en su libro *La aventura demorada* (Bogotá, Presencia, 1962), en donde, con excepcional penetración psicológica, logra ahondar en la grandeza de su genio femenino, con talento crítico, estilo y erudición. Probablemente en la monja escritora encontró el arquetipo femenino de creación literaria que más se ajustaba a su temperamento, pues, como ella misma lo describe, hay una diferencia sustancial entre el genio de san Agustín (intelectual) y santa Teresa, evidencia, a través de la sensibilidad, de una pena humana y divina, ante la imagen traspasada de Cristo.

Pero sería importante comprender que fue España el país europeo que en pleno Renacimiento creó un admirable movimiento místico, en prosa y en verso, dentro del cual aparecen figuras tan notables como las de fray Luis de León, fray Luis de Granada, san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús. Esto se explicaría por la necesidad en la península de prolongar los ideales religiosos y morales del cristianismo medieval, en momentos de crecientes convicciones políticas y descubrimientos científicos que hacían que las naciones europeas buscaran su reencuentro con la antigüedad clásica. No es extraño, por lo tanto, que España, tierra de paradojas y de contrastes, viviera dentro de una temporalidad sui géneris, dispuesta a imponerse por encima de épocas y modas, de cambios sociales y de progresos. Así santa Teresa sería un ejemplo excepcional, cuyo genio, entregado por un lado a una acción sin precedentes (fundando y multiplicando los conventos del Carmelo, reformando la orden, etc.), aparece de otro, consumido por una llama de amor sagrado, que la conduce a una fecunda introversión, a una plenitud vital, a una fuerte y realista expresión en su lenguaje, como expresión paradójica de esta España que la engendra.

Ya para entonces, Elisa Mújica había publicado en España su primer volumen de cuentos, *Ángela y el diablo* (Madrid, Aguilar, 1953), evidenciando sus dotes de narradora, con una temática de crítica social que apela a modelos elegidos del común de la gente, dándoles verosimilitud a las soluciones propuestas, dentro de un contexto determinado.

Pero unos años después tendría la oportunidad de medirse en disciplina e ingenio, realizando el índice onomástico total de las *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* de José María Cordovez Moure (1957), para la Editorial Aguilar, empresa difícil, que con paciencia y dedicación logra convertir en una verdadera obra de arte, y cuyo prólogo es obligado para comprender la importancia del cronista, testigo excep-



En el acto de posesión como académica de número en la Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá, 1984.

cional del siglo XIX, quien registró con minuciosidad la vida anecdótica de la ciudad de Santafé de Bogotá, dándola a conocer en los demás países de habla española.

No puede pasar desapercibido el hecho de haberse ocupado de este autor, nacido en 1835 en Popayán, que supo venerar el espíritu de progreso tendido a la Humanidad con mayúscula, a fin de remediar sus males, y que no se encontraba inmerso en las tinieblas de la Colonia, lo cual despertó su admiración, como lo expresó Elisa Mújica en aniversario de fundación de la Academia Colombiana de la Lengua.

Veamos sus declaraciones:

Confieso que después de tantos años de trajinar sobre el contenido y alcance de las Reminiscencias, persiste en mí un interés nacido desde el comienzo: averiguar a qué se debe su popularidad extraordinaria [...] De las Reminiscencias, por causas ajenas a la voluntad de editores y lectores, no se encuentran en la actualidad tomos sueltos e incompletos, selecciones y, si acaso, la colección de 1957, que tuve la suerte de dirigir, prologar y anotar en Madrid, o su reimpresión de 1962. Ambas, con el imprescindible índice onomástico, se persiguen ahora como agujas de un pajar. Se me ha informado que por la primera, la de 1957, no es raro que se ofrezcan cien mil pesos⁵.

En la misma intervención, enumera las cualidades del cronista que le merecen más admiración: su decidida imparcialidad, el haber participado personalmente en los sucesos que narra, su curiosidad y preciosa capacidad de saber apreciar los detalles, y la nostalgia de no haber podido acompañar a sus camaradas en sus aventuras políticas.

Con este bagaje intelectual e histórico, Elisa Mújica se lanza a la realización de una obra con una dimensión claramente historiográfica, fruto de su profunda reflexión y esfuerzo por encontrar el ambiente justo y adecuado en cada una de sus obras, consolidando con cada nueva publicación su carrera literaria.

5. *Santafé y Bogotá y su cronista don José María Cordovez Moure*. Discurso de doña Elisa Mújica, en la Sesión solemne del 6 de agosto de 1991, en el 119 aniversario de la fundación de la Corporación, en *Boletín de la Academia Colombiana de la Lengua*, Bogotá, vol. 41, núm. 173, julio-septiembre de 1991, págs. 100-106.



La escritora santandereana recibe una medalla por su labor literaria durante la 1.^a Feria del libro y IV Muestra regional del oriente colombiano, 1998.



En su apartamento de Bogotá recibe a la escritora y crítica literaria Montserrat Ordóñez, junto con alumnas de la Universidad de los Andes.

Ya para el año 1963, cuando publica su novela *Catalina*, escrita en España, obra recomendada por el jurado del prestigioso premio literario Esso, es considerada una de las mejores prosistas del país, además de ser la única narradora de una generación de poetisas entre las que se encuentran Emilia Ayarza, Dora Castellanos, Matilde Espinosa, Helvia García, Sylvia Lorenzo, Fanny Osorio, Carmelina Soto y Maruja Vieira. Pues, como bien lo describe en uno de sus discursos, “Éramos diez señoritas inclinadas sobre Colombia para cantarle y contarle cosas”.

La novela demostraba madurez y dominio del género novelístico, encontrando el equilibrio necesario entre el fondo y la forma. Comparada su heroína con la de *Ifigenia* de Teresa de la Parra, escrita en la década de los treinta, en *Catalina* la protagonista asume el matrimonio, para luego desenmascarar un ambiente viciado por intrigas, rencillas y mezquindades, dentro de un ámbito feudal, en el que las tierras son heredadas y la vida de las mujeres tiene que transcurrir en la rutina de



En su biblioteca muestra a las alumnas sus entrañables tesoros literarios.



En su apartamento en el centro de Bogotá, desde donde observa la Academia Colombiana de la Lengua y los cerros de la capital.

casas y solares. Al ser declarada estéril por un facultativo, se rebela contra el matrimonio y aun contra la Iglesia, para buscar por sí misma su propia realización. Como bien lo anota Montserrat Ordóñez, el eje estructural y temático de la novela es la lucha entre la palabra y el silencio, en donde la narración significa ganar en independencia y autonomía, a la vez que recuperar la historia propia y ajena. Además existe el manejo sugerente y concentrado de múltiples espacios significativos, que contrastan con el reducido espacio que Catalina recorre dentro del relato; así la novela nos remite a diferentes épocas históricas, como la guerra de los Mil Días o de la Independencia, con sus espacios de poder y ambición económica, de producción social, del deseo y la violencia en todas sus formas, a la vez que nos da a conocer el espacio de las historias familiares con sus momentos claves de la historia del país.

Vale la pena mencionar la labor que doña Elisa Mujica desarrolló durante casi treinta años en revistas y diarios culturales, como periodista, crítica y reseñista de libros y autores de las más variadas corrientes estéticas, o como columnista en revistas y diarios del país, principalmente de las Lecturas Dominicales de El Tiempo, cuando las dirigía Eduardo Mendoza Varela⁶. Quizás sea en esta producción en donde mejor pueden deducirse sus preferencias culturales, su visión de la literatura y del arte, los valores éticos que la sustentan, su visión de la mujer, etc. En cuanto a la literatura latinoamericana, podemos decir que se detuvo especialmente en aquellos autores que han sido representativos de una nacionalidad enmarcados dentro del *boom*, con propuestas auténticas y universales, como Gabriel García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes, Carpentier, dándoles importancia por comprender que les correspondía el inventario de lo cotidiano y no por ello menos fabuloso, al lado de precursores tan importantes como Juan Rulfo en México y Miguel Ángel Asturias en Guatemala. Pero casi ningún tema cultural escapó a su interés crítico, palpando la actualidad nacional e internacional con comentarios excelentes, a los que aplicó su especial don de síntesis y profundización en temas como la pintura, la música, el teatro, la filosofía, la religión, la ciencia, el arte colonial y arquitectónico, el folclor, etc., y siendo polémica al tratar algunos de sensibilidad nacional como "El sentido de lo español en nuestra cultura", o la conquista de América, a la que llamó "un desafío lanzado por España, sin apoyo en la realidad", demostrando serenidad y compromiso crítico con esta tradición española, pero sin desconocer los valores mestizos, criollos e indígenas, con sus aportes culturales.

Al leer a esta escritora en su producción literaria, se obtiene una experiencia estética y poética a la vez, resultado de un trabajo lento y depurado que necesitó de su autora un gran trabajo de investigación y dominio técnico. Por ejemplo, en su producción novelística posterior o en sus cuentos, se refleja esa preocupación fundamental por el reconocimiento de la vida social en un determinado momento, desde una óptica femenina, como el libro *Bogotá de las nubes* (Bogotá, Tercer Mundo, 1984), en donde se vale de Myrcia, una humilde muchacha boyacense de principios de siglo, para construir todo el relato. Aunque paradójicamente la heroína deviene de fracaso en fracaso, marcada por un destino que se asemeja a la mancha negruzca que le afea el cuello y parte de la barbilla (por lo que la apodan "la lunareja"), en su origen provinciano está la explicación de su desarraigo y falta de compromiso, además de los cambios experimentados por la capital, con gentes que viven en función de la emulación y las apariencias. La novela, pese a la crítica de su modelo femenino, introvertida y taciturna, que tiene que refugiarse a menudo en la Iglesia, nos muestra esta otra cara de la realidad, dejando ver situaciones de marginalidad social y emocional tan características de los procesos de desarrollo de las grandes ciudades inmersas en la sociedad de consumo.

Vale la pena mencionar su producción cuentística, pues, además de ser una verdadera estudiosa del género, como lo demuestra su libro *Las altas torres del humo. Raíces del cuento popular en Colombia, con catorce cuentos de Margarita* (Bogotá, Procultura, 1985), allí se revela una faceta más intimista y lúdica que bien refleja sus preocupaciones temáticas inmediatas con tratamientos novedosos que aportan un mejor conocimiento de los temas. En sus cuentos hallamos diferentes líneas compositivas, desde el cuento clásico de tipo realista (*Árbol de ruedas, La tienda de imágenes*), hasta el cuento de tradición popular (*Cuentos para niños de la Candelaria*), el cuento instructivo-didáctico, como *La Expedición Botánica contada a los niños*⁷, que surgió de una exposición sobre José Celestino Mutis, llegando a compenetrarse tanto con la vida y obra del gran sabio; o su última producción

6. Comenzó publicando artículos y cuentos en la prensa de Bogotá. Su primer cuento, *Tarde de visita*, apareció en El Liberal el 16 de noviembre de 1947. Su primer artículo publicado en El Tiempo, "Marcelina: una amiga de Balzac", es un comentario sobre la biografía de Marcelina Desbordes-Valmore de Stefan Zweig. Esta actividad de comentadora de temas críticos y culturales la prolongó durante casi treinta años.

7. Premio, en 1983, de la Dirección Cultural del Distrito para el mejor relato infantil.



Uno de sus famosos pesebres navideños, lleno de motivos típicos y bellas figuritas de trapo, con los que Elisa Mújica celebra sus navidades.



Elisa Mújica, foto estudio.

infantil, que explora situaciones de la vida cotidiana, con personajes de la fauna, la flora, personajes fabulosos o históricos que rescata de la tradición oral popular, y que nos muestran facetas llenas de humor, contenido humano y anecdótico. Así mencionemos algunos títulos como *Pequeño bestiario*, *Las historias de mis perros y gatos que son tan divertidos* o *José Celestino y el dragón*, que han tenido bastante éxito especialmente dentro de un público estudiantil, y que a la autora le han dejado muestras de gran satisfacción, pues, como ella lo dice, “quien escribe para los niños, escribe para el hombre eterno”.

¿En dónde ubicar, por lo tanto, a escritora tan prolífica dentro de nuestro panorama literario? Una escritora que ha demostrado su temple en diversos géneros, con gran capacidad crítica, y que sin embargo es ejemplo cabal de una literatura femenina capaz de explorar la vida privada y pública de la mujer en diferentes escenarios sociales, haciendo un seguimiento juicioso de la historia colombiana en todos sus matices y entendiendo como pocas las particularidades de su creación literaria con sus actuaciones en los más diversos campos de la vida nacional. Pues habría que decir que ya no es posible prescindir de la mirada vital e histórica que nos transmite Elisa Mújica en el momento de reconstruir nuestra memoria colectiva, gracias a su entrega total a la escritura, que recupera para nosotros los lectores, la historia de nuestra propia humanidad, que de otra manera habría quedado perdida irremisiblemente en los laberintos de la memoria o el olvido, lo que nos recuerda la vida de maravillosas escritoras que tuvieron que renunciar a otros para poder realizar su obra: Selma Lagerlöf, Emily Dickinson o Virginia Woolf, etc., pues según la misma Elisa Mújica:

La escritura ha sido algo vital, el más importante instrumento de indagación que empleo sobre lo que soy realmente, sobre lo que pienso y siento de mí y de lo que me rodea [...] Yo no sé si en todos mis amores algo inconsciente en mí buscaba que no se realizaran nunca por medio del matrimonio, porque si yo me hubiera casado no habría escrito jamás.

Esta situación comprensible en una época de individualismo escéptico, en la que la mujer ha tenido que optar por una realización personal, dejando de lado otros esfuerzos igualmente importantes inherentes a su naturaleza (como la relación madre-hijo, que se traduce en un inevitable dualismo, doloroso y dissociador), es criticada por la misma autora, que se sirve de la experiencia para alertar a las actuales generaciones femeninas:

Uno de los principales argumentos que esgrimíamos las feministas colombianas de la década de los cuarenta, cuando acudíamos al Congreso de la República en manifestaciones tumultuosas y entusiastas a demandar el derecho al voto, consistía en asegurar que, gracias a él, entraría a jugar en los asuntos públicos una visión no unilateral, sino, por primera vez, íntegra y equilibrada. Las duras campañas cumplidas por las ardientes sufragistas inglesas —repetíamos con igual convicción que ellas— perseguían como meta suprema defender de la ignorancia y la ignominia a los hijos inocentes, dignificar el amor y sembrar la paz en la extensión del planeta... En lugar de eso, ¿qué ha ocurrido? Como si un hada maliciosa se hubiera propuesto interferir la entrada abiertamente en escena de la mujer, aparecen contrahechos los postulados iniciales.

Aclarando los valores femeninos que transmite esta escritora, protagonista y portadora, a través de su literatura, de todos los debates que se han hecho sobre la mujer en más de medio siglo, hoy ella sigue ligada espiritualmente al catolicismo, sin desconocer los avances de la mujer en diferentes campos, con una visión que aboga por su dignidad y conciencia en todos los órdenes. Pero es en su obra en donde encontramos el testimonio real de su visión del mundo y de la mujer, una visión indiscutiblemente dialógica, tan necesaria hoy en día para construir un mundo más humano que se abisma con profundo escepticismo en el siglo XXI, pero en el cual aún es posible salvarse, por medio de la creación. Una escritora a la que se le debe reconocer el mejor de los homenajes: el de leer su obra íntegra, con la atención que se merece.

OBRAS DE ELISA MÚJICA

Los dos tiempos (novela), Bogotá, Iqueima, 1949.

Ángela y el diablo (cuentos), Madrid, Aguilar, 1953.

Edición prologada y anotada de *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* de José María Cordovez Moure, Madrid, Aguilar, 1957.

La aventura demorada. Ensayo sobre santa Teresa de Jesús, Bogotá, Presencia, 1962.

Catalina (novela, premio literario Easo, 1962), Madrid, Aguilar, 1963.

Árbol de ruedas (cuentos), Bogotá, Editorial Revista Colombiana, 1972.

La Candelaria (crónicas y cuadros), Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1974.

Introducción a santa Teresa, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1981.

- La Expedición Botánica contada a los niños*, Bogotá, Enka-Colcultura, 1978; Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1981.
- Pequeño bestiario* (literatura infantil), Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1981.
- Bogotá de las nubes* (novela), Bogotá, Tercer Mundo, 1984.
- “José Celestino y el dragón” cuento infantil en *Pasado y porvenir de la Expedición Botánica*, prólogo de Eduardo Mendoza Varela, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica-Litografía Arco, 1985.
- Edición prologada de *Novelas y cuadros de costumbres* de Eugenio Díaz Castro, dos tomos, Bogotá, Procultura, 1985.
- Las altas torres del humo. Raíces del cuento popular en Colombia, con catorce cuentos de Margarita*, Bogotá, Procultura, 1985.
- La tienda de imágenes* (cuentos), Bogotá, Ediciones Fondo Cultural Cafetero, 1987.
- Sor Francisca Josefa del Castillo* (estudio crítico y compilación), Bogotá, Procultura, 1991.
- Cuentos para niños de La Candelaria*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1993.
- Las casas que hablan. Guía histórica del barrio de La Candelaria de Santafé de Bogotá*, Bogotá, Biblioteca Nacional de Colombia y Corporación La Candelaria, 1994.